

otros igualmente formidables, y sobrevivirá también al furor y á las maquinaciones de una filosofía anti-cristiana, aunque dirigidas exclusivamente contra ella, exclusivamente, sí, pues ni una sola gota de sangre protestante se ha derramado en esta persecución impía¹. Por último, á pesar de las suposiciones de M. Clark, no hay apariencia de que esa Iglesia que en un solo reino ha podido dar á un tiempo veinte y cuatro mil mártires y sesenta mil confesores, que voluntariamente se han abrazado con el destierro, esté para sucumbir á la violencia exterior ó á la debilidad interior suya. San Juan Crisóstomo, haciendo alusión á las tentativas entonces recientes del Emperador Juliano, de desmentir las profecías de Daniel por la reedificación del templo de Jerusalem, decía: « *Ved el templo de Jerusalem; Dios le destruyó; ¿ le han podido los hombres reedificar? Ved la Iglesia de Jesucristo; ¿ Dios la edificó; ¿ han podido los hombres destruirla?* » Si el Todopoderoso permite alguna vez que una de las Comuniones protestantes sufra una persecución semejante á la que hemos visto ejercerse contra la Iglesia Católica en el continente, ¿ cree vuestro amigo que mostraría ella la misma constancia en sufrir por sus dogmas, que ha mostrado la Iglesia por los suyos? Mas ¿ por qué dogmas sufrirían los protestantes el destierro ó la muerte, cuando sin persecución alguna todos han abandonado en alguna manera su creencia primera, por la incertidumbre de su regla de fe y su propia inconstancia natural²?

1 La herejía, predicando la tolerancia, abre los brazos al Filofofismo y al Deísmo, y fraterniza aun con la Sinagoga; solo los católicos son los únicos que no pueden hallar gracia ante los ojos de unos y otros; la impiedad, con la esperanza de acabar con la Iglesia, se ha unido con todos los que *protestan* contra la Iglesia.

2 Especialmente desde el medio siglo que acaba de pasar, dice el Barón de Stark, el protestantismo ha degenerado de sus primeras instituciones, en términos que Lutero y Melancton no le conocerían. El famoso Grégoire, en el tomo 2º de la *Histoire des sectes religieuses* (pág. 181), no ha dudado expresarse así: « Los Protestantes actuales casi en nada se parecen á los del siglo XVI; porque la identidad del nombre no establece la conformidad de la doctrina. Si Lutero y Calvino volviesen hoy sobre la tierra, quedarían sorprendidos de no ser de la religión de los que tomaron de ellos su nombre. » Este modo de pensar es conforme al de todas las per-

Las leyes humanas y el interés pueden conservar la apariencia exterior ó *el puro esqueleto de una Iglesia*, como lo dice uno de vuestros teólogos; pero si sus pastores y doctores demostrasen por sus escritos públicos, que no sostenían ya los artículos primitivos y fundamentales, ¿ se podría dejar de pensar con uno de vuestros dignidades, que la Iglesia propiamente tal ya no existía entre ellos¹? — Soy con el mas profundo respeto, etc.

J. M.

CARTA XXVIII.

A JAMES BROWN.

Apostolicidad de la Iglesia Católica.

La última de las cuatro *Notas* ó caracteres distintivos de la Iglesia mencionados en nuestro Símbolo común, es la *Apostolicidad*. Católicos y protestantes uniformemente decimos y declaramos en nuestras solemnidades: « Et unam Sanctam, Catholicam, et Apostolicam Ecclesiam; » Yo creo la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica. Las últimas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles fueron: « Id, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el

sonas instruidas en la antigua doctrina de los Protestantes, y de las que hoy reinan entre ellos. Tabaraud confiesa ingenuamente, que las *antiguas confesiones de fe* en las Iglesias reformadas de Francia, Ginebra, y Suiza, y lo mismo en las Luteranas, gozan de algun crédito, y sirven para los que solicitan alguna predicación ó cátedra de instrucción, y continúan en ser miradas como conservadoras de la fe y culto; pero que el modo de interpretar los dogmas ha sufrido grandes mutaciones. Trembley, en su *État présent du Christianisme*, pretende « no solo que los protestantes han dejado ya de serlo; sino que añade formalmente, que un musulmán que admitiese los milagros de Jesucristo estaría mas próximo en la fe á los cristianos, que lo están hoy los doctores modernos del Protestantismo. » (*Conférences de Stark*, p. 65, 66, 67.)

1 *Confessional*, pág. 244.

» nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y
 » mirad, yo estoy con vosotros hasta la consumacion de
 » los siglos (*Matth.*, xxviii, 20). » El suceso ha probado
 que la vida de los Apóstoles no podia pasar él término
 ordinario de la vida humana; y así, la comision de pre-
 dicar y administrar los sacramentos, y la promesa de la
 asistencia divina, que iba unida á esta mision, miraban
 no menos á los sucesores que á los Apóstoles mismos.
 Esto prueba que debe haber una serie no interrumpida
 de sucesores de los Apóstoles en todas las edades desde
 su tiempo; es decir, sucesores en la *Doctrina*, en su
Jurisdiccion, en el *Orden* y en su *Mision*. De donde se
 sigue que toda sociedad religiosa, que no pueda mostrar
 su sucesion en estos cuatro puntos hasta los Apóstoles,
 no tiene derecho alguno al título característico de *apostólica*.

Conforme á esto se ve en todos los siglos á los padres
 y doctores de la Iglesia apelar á esta nota de *sucesion
 apostólica*, para probar que ellos pertenecian á la *verda-
 dera Iglesia de Jesucristo*, San Ireneo, obispo de Leon, y
 discípulo de san Policarpo, que lo era de san Juan Evan-
 gelista, y parece haber sido ordenado por él, se vale fre-
 cuentemente de este argumento contra los herejes de su
 tiempo. « Nosotros, dice, podemos contar los que han
 » sido hechos obispos en las Iglesias por los Apóstoles y
 » sus sucesores, desde su tiempo hasta el nuestro, y de
 » los cuales ninguno ha enseñado esa doctrina; mas
 » como seria muy largo individualizar la sucesion
 » de los obispos en las diferentes Iglesias, os remitimos
 » á la Tradicion de la mas principal, la mas grande,
 » la mas antigua y mas universalmente conocida de
 » todos, la fundada en Roma por san Pedro y san
 » Pablo, y que ha sido conservada por la sucesion de sus
 » obispos hasta nuestros días. » Y en seguida cita los
 nombres de los papas hasta san Eleuterio, que vivia en-
 tonces ¹. Tertuliano, que vivia en el mismo siglo, dis-
 curre de la misma manera, y desafia á unos herejes en
 estos términos: « Preséntenos el origen de su Iglesia;
 » muestren la sucesion de sus obispos, de manera que

¹ Lib. 3, *Advers. Hæret.*, c. 3.

» se vea que el primero de ellos fué ordenado por un
 » *hombre apostólico*, y que han perseverado en su Comu-
 » nion. » Y á continuacion da la lista de los Romanos
 Pontífices, y concluye así: « Presenten los herejes otra
 » semejante ¹. » El gran padre san Agustin, que escribia
 en el siglo V. entre otros motivos de credibilidad en
 favor de la religion Católica, señala tambien este: « Yo,
 » dice, estoy en esta Iglesia por la sucesion no interrum-
 » pida que veo de sus prelados, desde san Pedro, á quien
 » el Señor encomendó el cuidado de su rebaño, hasta el
 » presente obispo ². » San Optato, escribiendo contra los
 Donatistas, pone el nombre de todos los papas desde
 san Pedro hasta el Pontífice que entonces vivia (san
 Siricio), « con el cual, dice, nosotros, y todo el mundo,
 » estamos en comunión. Donatistas, dadnos ahora vos-
 » otros la historia de vuestro ministerio episcopal ³. » —
 En efecto, este modo de probar que la Iglesia Católica es
Apostólica, es tan conforme al uso constante de la tra-
 dicion, como al sentido comun ⁴. Si un Príncipe quiere

¹ Fingant tale aliquid hæretici. *Præscript.*

² *Contra epist. Fundamenti.*

³ *Contra Parmen.*, lib. 2.

⁴ Los protestantes mismos no han podido negar esto; y así en la
Memoria que presentaron en Francia los Calvinistas el 1775 á fin
 de obtener el *estado civil*, y la *legitimacion de sus matrimonios*
 (primer paso que dieron para ser luego admitidos al gobierno, y de
 cuyos resultados varios de ellos fueron nombrados diputados para
 los *Estados generales*), se explicaban en estos términos: « No disi-
 » mularemos que en el paralelo que hacemos algunas veces de
 » vuestra Iglesia (la Católica Romana) con la nuestra... los grandes
 » rasgos están á vuestro favor. Érais ciertamente antes que nosotros,
 » pues que *subís hasta el siglo de los Apóstoles*; y nosotros no tene-
 » mos aun tres siglos de existencia, puesto que en 1515 vuestros an-
 » tepasados y los nuestros comulgaban en la misma mesa, celebraban
 » la pascua juntos, y vivian en una perfecta unanimidad de senti-
 » mientos. Además, la cadena de la Tradicion, *cuyo primer anillo*
 » fijaron Pedro y Pablo en la *Iglesia de Roma*, se ha perpetuado de
 » tal manera entre vosotros, que si los Iréneos, los Gregorios, los
 » Cirilos, los Atanasios, los Crisóstomos volvieran hoy á la tierra, no
 » reconocerian *sino en la Iglesia Romana* la sociedad de que eran
 » miembros. » No creo haya que añadir á una confesion tan inge-
 » nua y tan expresa.

probar su derecho al trono, ó un hombre el que tiene á un mayorazgo, á una propiedad, al punto presenta su árbol genealógico, y trata de hacer ver que descende de algun personaje, cuyo derecho á lo que reclama era incontestable. Adoptaré, pues, precisamente el mismo método en la ocasion actual, incluyendo á vuestra sociedad un ligero diseño de nuestro *Arbol Apostólico*. En él vereis, á un golpe de vista, un compendio de la sucesion de nuestros principales obispos en la Silla Apostólica de Roma desde san Pedro hasta el actual venerable Pontífice Pío VII ¹, igualmente que la serie de otros ilustres doctores, prelados y santos que han defendido la doctrina Apostólica con sus sermones y escritos, ó que la han ilustrado con sus vidas: vereis igualmente el cumplimiento del mandato de Jesucristo á sus Apóstoles y sucesores en la conversion de las naciones y los pueblos á la fe y á su Iglesia: vereis en fin, la desventurada serie de los herejes y cismáticos, que en diferentes siglos se han separado de la doctrina ó de la comunión de la Iglesia Apostólica. Mas como es imposible en un espacio tan abreviado expresar los nombres de todos los papas, ni especificar los demás pormenores indicados de un modo tan distinto y tan preciso, como el asunto lo parece exigir, supliré esta falta con la *nota* que acompañó al fin de esta carta ².

Yo no pretendo, amigo mio, presentar en ella, *ni en el árbol apostólico, una historia en forma, ni aun un compendio regular de la Historia de la Iglesia*; sin embargo, uno y otro darán á vuestra respetable sociedad una idea suficiente de la sucesion no interrumpida de los supremos pastores que han ocupado la Silla de Roma desde san Pedro, á quien Jesucristo hizo jefe y cabeza de la

¹ Cuando el autor escribia estas cartas vivia aun aquel santo Papa.

² El autor parece suponer incluia una especie de *mapa ó árbol histórico*, en que se expresase la sucesion de los Pontífices y demás puntos principales de la historia eclesiástica, de los cuales hemos visto algunos; sin embargo, en la edicion de la obra que tenemos á la vista no se halla, y tal vez solo querria insinuar con esto la idea de que se podía hacer fácilmente. Creemos que la *nota* adjunta su-
ple bastantemente.

Iglesia, hasta el actual Pontífice Pío VII; en lo que no dejareis de observar que este atributo de sucesion perpetua es peculiar de la Silla de Roma; pues en todas las otras Iglesias fundadas por los Apóstoles, como las de Jerusalem, de Antioquía, de Alejandría, de Corinto, de Efeso, de Esmirna, etc., la sucesion de los obispos se ha interrumpido y confundido en diferentes ocasiones, ya por disensiones intestinas, y ya por violencias externas. Así la Silla de Roma es llamada por excelencia, y por una doble razon, la *Silla Apostólica*; y como es la principal de todas y el centro de union de toda la Iglesia Católica, tiene por consecuencia el primer derecho al título de *Iglesia Apostólica* que lleva. Podeis igualmente ver en el cuadro de este árbol místico una serie no interrumpida de otros obispos, de doctores, de pastores, de santos y piadosos personajes de diferentes tiempos y países, que durante estos diez y ocho siglos han conservado en sus diversas situaciones y estados la sucesion perpetua de la doctrina: siendo los de un siglo los maestros ó directores de los que los sucedieron en el siguiente: profesando todos la misma regla de la Escritura y de la Tradicion, y reconociendo todos á un mismo intérprete de esta regla; á saber, á la Iglesia Católica; y adhiriendo igualmente al tronco principal, ó centro de union, la Silla Apostólica. Se ven tambien algunos de los concilios generales ó Sínodos, donde los obispos de las diferentes partes de la Iglesia, de tiempo en tiempo se han reunido bajo la autoridad del Papa, para definir la doctrina y arreglar su disciplina. Los estrechos límites á que nos hemos reducido no han permitido indicar todos los concilios. Notareis tambien la continuacion de la obra apostólica en la conversion de las naciones; obra que, habiendo sido encargada por Jesucristo á la Iglesia Católica, jamás ha prosperado ni sido bendecida por él, y coronada de sucesos sino en sola ella ¹. Este milagro exclusivo en el orden de la gracia, como los del orden de la naturaleza, que he indi-

¹ Solo ella, si, pues á ella y sus ministros, y no á esos hombres, que no convienen entre sí en ninguna de las verdades de nuestros Libros santos, ni aun sobre la *Divinidad* de su Autor, le fué dicho:

cado en una carta anterior, es un testimonio divino en favor suyo. Hablando de la conversion de los gentiles, no puedo menos de recordar á vuestra sociedad que nuestra patria, las dos veces que ha sido arrancada al paganismo, lo ha sido por los trabajos apostólicos de los misioneros, que nos fueron enviados por la Silla de Roma. La primera conversion fué en el siglo segundo, cuando el Papa san Eleuterio envió para este fin á Fugacio y Duviano á los antiguos Bretones ó Galeses, en tiempo de su Rey ó gobernador Lucio, segun nos lo refieren Beda y los otros historiadores. La segunda conversion fué la de nuestros mayores inmediatos, los Anglo-Sajones y los Anglos, por san Agustin y sus compañeros, quienes, á fines del siglo VI, fueron enviados de Roma para esta obra apostólica, por el Papa San Gregorio el Grande. En fin, vereis en el presente cuadro una serie

*Id, enseñad, yo estaré con vosotros. ¿Y qué valen todos los esfuerzos de los propagandistas biblicos, si no son enviados? Abran el Evangelio, y allí leerán estas palabras del divino Maestro: Sin mí nada podéis hacer: los diez millones de ejemplares de la Biblia, esparcidos por todas las sectas protestantes, no desmienten jamás este oráculo de la sabiduría misma. Treinta años ha que los misioneros protestantes se dejaron ver en la India; desde esta época han esparcido allí más de un millón de ejemplares de los Libros santos; y á pesar de eso, por confesion del mismo periódico suyo que publican en Bengala (*the Friend of India*), no cuentan aun á duras penas mas que mil proselitos. Dos siglos ha que un pobre misionero católico, con solo la cruz en la mano, recorrió estas mismas regiones, y en el espacio de diez años predicó la fe en cincuenta y dos reinos, enarboló el estandarte de la salvacion en una extension de tres mil leguas de país, y bautizó por su mano cerca de un millón de infieles. No, por mas que hagan, á pesar de los poderosos esfuerzos de los Ingleses, y demás propagandistas, la herejía jamas llevará los frutos que la verdad católica. Una rama cortada carece del jugo de vida, y mal podrá comunicarla; lo que comunicará será la infeccion de que está impregnada, como en efecto sucede: estremece y horroriza lo que se nos refiere en las Cartas de aquellos países de los escándalos de los proselitos de los misioneros biblicos: ellos mismos han tenido que arrojar de sus imprentas á los nuevos obreros que empleaban en ellas. Un discípulo de Lutero, que no pedia á Dios sino muchas mujeres, pocos hijos; para quien el comercio carnal era una necesidad como el comer! qué virtud, qué pureza, qué costumbres ha de inspirar? *Illi currebant, sed non ex me.**

de los desventurados hijos de la Iglesia, que en vez de escuchar sus doctrinas, como debian, han tenido la osada presuncion de reformarlas; y perdiendo así el jugo y savia vivificante del tronco paternal, se han secado y caido de él, como ramas muertas. Es la nota bastante extensa para detenerme mas en esta. — Soy, etc.

J. M.

NOTA

O cuadro abreviado de la Sucesion apostolica de los Romanos Pontífices, etc. etc, adjunto á la carta anterior.

Siglo I. Despues del nacimiento de Jesucristo, este Mesias tan esperado fundó el reino de su santa Iglesia en Judea, y eligió sus Apóstoles para propagarla por toda la tierra. Puso al frente de ellos, y como cabeza de todos, á Simon, como el centro de union y el primer pastor, dándole el cargo de cuidar y apacentar su rebaño todo, así las ovejas, como los corderos. Dióle las llaves del reino del Cielo, y mudó su nombre en el de Pedro, que significa Piedra, añadiendo: *Sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia.* Ensalzado en estos términos san Pedro, estableció primeramente su silla en Antioquia, ciudad principal del Asia, desde donde envió á su discípulo san Marcos á establecer y gobernar la silla de Alejandria, ciudad principal del África; y despues trasladó su propia Silla á Roma, capital de la Europa y del mundo. En esta ciudad, habiendo juntamente con su san Pablo sellado su fe y el Evangelio con sangre, transmitió sus prerogativas á san Lino, de quien pasaron en sucesion á san Cleto y á san Clemente. — Entre los otros doctores que ilustraron este siglo, deben ponerse, ante todos, los demás Apóstoles, y luego san Marcos, san Lucas, san Bernabé, san Timoteo, Tito, Hermas, san Ignacio, Obispo de Antioquia, y san Policarpo, de Esmirna. En los pocos escritos que nos quedan de ellos, se ve expresa la necesidad de la unidad y de la sumision á los Obispos, la Tradicion, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, el sacrificio de la Misa, la veneracion de las Reliquias, etc. — Además de las partes ya mencionadas, se fundaron iglesias en Samaria, en la Asia Menor, en Armenia, en la India, en la Grecia, en el Egipto, Etiopia, la Italia, en España, y las Galias. Mas ¿quién lo diría? en este mismo siglo apostólico, y á los ojos, por decirlo así, de los mismos Apóstoles, algunos orgullosos novadores pretendieron reformar la doctrina que ellos enseñaban: entre ellos se encuen-

tran Simon Mago, Hímeneo y Phileto, los incontinentes Nicolaitas, Cerinto, Ebion y Menandro ¹.

Siglo II. La serie de los primeros pastores en la cátedra de san Pedro se continuó y conservó en este siglo por los papas siguientes, quienes por la mayor parte fueron también mártires: *San Anacleto, san Ecaristo, san Alejandro I, san Sixto I, san Telesforo, san Higinio, san Pio I, san Aniceto, san Sotero, san Eleuterio*, que envió á Fugacio y á Duyiano á convertir á los Bretones, y *san Victor I*, que ejerció su autoridad contra algunos obispos de Asia, que celebraban la fiesta de la Pascua fuera del tiempo conveniente. — La verdad del Cristianismo fué defendida por los apologistas Cuadrato, Aristides, Meliton, y san Justino filósofo y mártir; y las herejías nacientes de Valentiniano, Marcion y Carpócrates, fueron confundidas por los obispos Dionisio de Corinto, y Teófilo de Antioquia, en el Oriente; y por san Ireneo y Tertuliano, en el Occidente. En el mismo tiempo la Iglesia se extendió por las Galias, la Alemania, la Scitia, la África y la India, además de la Gran Bretaña.

Siglo III. Los papas que gobernaron la Iglesia en el tercer siglo se distinguieron todos por su santidad, y casi todos recibieron el martirio: sus nombres son, *san Ceserino, san Calixto I, san Urbano I, san Ponciano, san Antero, san Fabian, san Cornelio, san Lucio, san Esteban I, san Sixto II, san Dionisio, san Felix I, san Eutiquiano, san Cayo y san Marcelino*. — Los Doctores mas célebres fueron san Clémente de Alejandria, Orígenes y Minucio Felix; san Cipriano y san Hipólito, ambos á dos mártires; y san Gregorio, obispo de Neocesárea, á quien sus milagros hicieron dar el renombre de *Thaumaturgo*. En el mismo tiempo la Arabia, la Bélgica, y muchos distritos de la Galia, fueron casi enteramente convertidos, al paso que Pablo de Samósata, que negaba la divinidad de Jesucristo; Sabelio, que negaba la distincion de las personas de la Santísima Trinidad; y Novato, que negaba el poder que tiene la Iglesia de perdonar los pecados; igualmente que Manés, que creía dos Principios ó dos Dioses, fueron cortados del árbol apostólico, como ramas podridas.

Siglo IV. *San Marcelo*, primer papa de este siglo, murió de los padecimientos sufridos en la prision por la fe: despues de él siguieron *san Eusebio, san Melquiades, san Silvestre*, bajo el cual se tuvo el concilio de Arles contra los Donatistas, y el 1º general de Nicea contra los arrianos: *san Marcos, san Julio*, en cuyo tiempo fué confirmado el derecho de apelacion á la Silla de Roma, *san Liberio y san Dámaso*. — La Iglesia, que hasta entonces habia sido perseguida por los emperadores romanos, fué alternativamente

¹ No consta positivamente en qué año fué enviado san Marcos por san Pedro á Alejandria: comunmente se cree fué enviado desde Roma (Véase á Orsi, *Hist. Eccl.*, t. 1, n. 22).

protegida y oprimida por ellos. En el mismo tiempo se aumentó prodigiosamente el número de sus hijos por las innumerables conversiones en todo el imperio romano, como tambien en la Armenia, la Iberia y la Abisinia, y su fe fué invenciblemente sostenida por san Atanasio, san Hilario, san Gregorio Nazianzeno, san Basilio, san Ambrosio de Milan, etc., contra los Arrianos que negaban la divinidad de Jesucristo, contra los Macedonianos que negaban la del Espíritu Santo, contra los Arianos que desechaban el Episcopado, el ayuno, y las oraciones por los difuntos, y otros nuevos herejes y cismáticos.

Siglo V. Durante este siglo la Iglesia experimentó grandes peligros y gravísimos trabajos, pero las victorias y los medios por los cuales su divino Fundador la sostuvo, no fueron menos brillantes. Por una parte el imperio romano, aquella cuarta monarquía comparada por Daniel al hierro, fué despedazada por numerosas hordas de Godos, de Vándalos, de Hunos, de Borgoñones, de Francos y Sajones, que inundaron el mundo civilizado, y parecieron acabar á un tiempo, y aniquilar á las vez las artes, las ciencias, las leyes y la Religion. Por otro lado, diferentes clases de herejes poderosos y sutiles no omitieron medio para corromper la doctrina Apostólica, é interrumpir la serie de los sucesores de los Apóstoles. Entre ellos los Nestorianos negaban la union de las dos naturalezas divina y humana en Jesucristo; los Eutiquianos las confundian, los Pelagianos negaban la necesidad de la gracia divina, y los secuaces de Vigilancio ridiculizaban el celibato, la invocacion de los santos, y la veneracion de las reliquias. A estos novadores se opusieron con un valor invencible y con un suceso constante una multitud de santos Padres y de Pontífices ilustres. Los Papas fueron *san Inocencio I, san Zóximo, san Celestino*, que presidió por sus Legados al Concilio de Efeso (general 3º); *san Sixto III, san Leon el Grande*, que presidió al de Calcedonia (4º general); *san Hilario, san Simplicio, san Felix III, san Gelasio, san Anastasio II, y san Simaco*. Su celo fué vigorosa y poderosamente sostenido por algunos de los mas brillantes ornamentos de la Religion y de la literatura que ilustraron entonces la santa Iglesia, como san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustín, san Gregorio de Nisa, etc. Por su medio y el de otros varones apóstolicos, no solamente fueron confundidos los enemigos de la Iglesia, sino extendidos tambien considerablemente los confines de la Religion por la conversion de los Fráncos y de su rey Clodoveo, de los Escoceses é Irlandeses. El Apóstol de los primeros fué san Paladio, y san Patricio de los segundos, ambos á dos enviados por la Silla de Roma.

Siglo VI. En este siglo, como en todos los otros, la Iglesia tuvo que combatir con los infieles, con los herejes y con los políticos del mundo; pero en medio de todos sus combates, jamás dejó de recibir las pruebas ordinarias de la proteccion divina. Los papas se su-